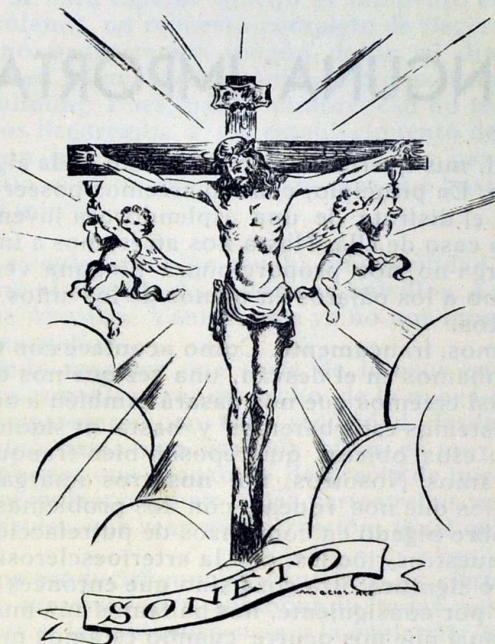


con la juerza de la savia de sus senos;
y es la madre, y es la novia, y es la hermana
del gañán que, con calor de macho en celo,
la colmara de cudiaos,
la regara con suores de su cuerpo,
la labrara con cariño,
derramara por sus surcos el grabero
y supiera conformarse cual cristiano
cuando Dios, dende los cielos,
pa probá si eran mu jondas sus querencias,
malograra sus esfuerzos.

Es la sabiduría de la tierra, del trabajo, del amor y de la fe.

f) *La humildad del extremeño.*—Confiesa su ignorancia; confiesa su pobreza y confiesa, con muchísimo pudor, con temor a que parezca otra cosa, su fe y su amor. Esto quiere decir que el extremeño es humilde. Ni sus grandes posesiones de terrenos le hace engeirse y dejar de mirar a la tierra como a una novia, ni el saber y las letras, si los tiene, le hace ensoberbecerse y vestirse de doctihueco y pagado de sí mismo, ni su señorío natural sobre la mujer le hace jactarse como Don Juan. Es *humilde* porque está próximo de la tierra y de ella tiene el amor y la sabiduría; y de «humus», la tierra, deriva «humilis», humilde... Y sin embargo, no todos los pueblos que viven de la tierra son humildes. Hay algunos que la tienen rica y fertilísima y la explotan con máximos rendimientos; en éstas el labriego tiene alma de nuevo rico y es más bien soberbio y agresivo en sus modales. El extremeño no; ama a la tierra por sí misma con castidad e ímpetu de varón, pero se sabe a sí mismo pequeño, limitado y pobre. Y humildemente lo confiesa.

g) *...Y socarrón.*—La mezcla de humildad como hombre, su señorío como varón y su sabiduría profunda de la vida y de los hombres, da el riquísimo tornasol de la socarronería extremeña, en las formas más variadas. Ese labriego que llega al despacho del abogado para que le ilumine porque él, con «sus cortas luces», no sabe más «que malpintá su nombre y unas migajas de cuentas», es frecuente que, después de oír el parecer y el consejo del abogado, acabe por decir, muy turbiamente, que eso ya lo sabía él, pero que quería que se lo confirmara un hombre de «sabé y de entendimiento, de muchas letras»... He conocido a un notario que, ante un pedante cualquiera que le hablaba, con lenguaje docto, de hectáreas de terreno, solía preguntar humilde y maliciosamente qué era una hectárea, con lo que el pedantuelo solía verse en grave aprieto. Y de mi infancia, en Arroyo de la Luz, recuerdo que, con mucha frecuencia, los labradores amigos me presentaban sus cuentas de cereales, arriendos, ganados, para que se las resolviera. Yo, como el estudiante del poema «Varón», sudaba lo mío, enrevesándome en cálculos y cálculos para acabar, poco menos que en un «pi menos erre». Y los labradores amigos se reían, se reían maliciosos y, luego, ante mi fracaso, me decían el resultado, para vergüenza mía.



AL SANTÍSIMO CRISTO DEL AMPARO

Soberano y Señor, pura armonía
de la forma y la esencia, arquitectura
del sublime dolor y la dulzura
con que muere una flor en lozanía.

Esa flor que Tú hiciste flor de un día,
mariposa fugaz de donosura,
es un canto de amor que hasta la altura
dirige su divina melodía.

Yo quisiera, Señor, en dulces trinos,
cual pájaro cantor lanzar al cielo
el raudal de mi voz potente y claro
y con ansia y con fe, Pastor Divino,
pedirte con fervor y con anhelo
protección a mi Cristo del Amparo.